

# TRIBULACION

*«Seis veces te sacará de la tribulación y la séptima no te alcanzará mal».*

Job

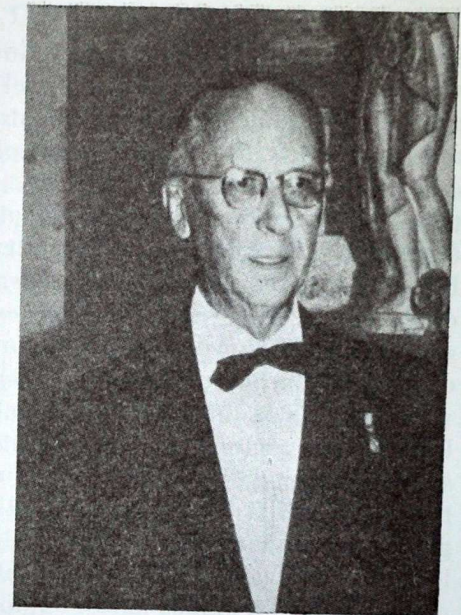
Hemos robado días. Hemos tirado días en música sin fondo, calderilla de días, concierto que soñaba contigo en la celeste pradera que nos vive detrás de la mirada. Tiramos ilusiones casi sin darnos cuenta, sin darnos cuenta casi del ojo del suicida, enterrando las vivas ideas que persigue nuestra razón de ser, como hombre colgado del hilo con que juegan caras de marionetas del misterio. Dolor de no encontrar el sitio para encajar el hombro, andar por esta sangre, como un hombre cualquiera arrinconado al muro del anuncio que grita que pensar es pecado del hombre que va solo. Del hombre solo. Culpa del hombre. Siempre solo.

**Jesus DELGADO VALHONDO**

(Del libro «La vara de avellano», recientemente aparecido).

En el segundo aniversario de la muerte del conde de Canilleros

## Recordatorio de una ausencia



**R**OR la ventana, abierta de par en par, me llega la claridad cegadora de una mañana de abril. En la vecina torre de Santa María acaban de sonar graves las doce campanadas del mediodía. Entre rejas, atisbo un panorama de piedra granítica. El cimborrio de una torre más lejana –la de San Mateo– se destaca en un cielo muy azul sin sombra de nubes. Junto a la ventana, el sol hace guiños sobre un farol romántico. Estoy sentada en una frailería silla de cuero y escribo sobre la camilla hogareña. Encima de ella hay punzones, tinteros, un cubilete lleno de plumas cuya tinta se secó hace tiempo, un reloj de bolsillo que en algún momento se quedó parado marcando las cinco y media. Presidiendo la camilla, que invita a la charla larga y sabrosa, hay un sillón de terciopelo rojo claveteado con clavos dorados. Sobrecoge su presencia solitaria, como desamparada. Dice muchas cosas en su mudez, este sillón que no es como los demás. Desde él se ha pensado, se ha plasmado toda una obra. Cerca, una máquina de escribir, cubierta por la funda de plástico, cuyas teclas han enmudecido. Del sillón vacío, de la máquina de escribir cubierta y como jubilada, de las plumas que ya no se usan, del reloj parado, emana un cierto dramatismo de ausencia irremediable y eterna.